

hileras de piedras fijas al suelo; cuatro de estos terrados limitan un patio cuadrado, en medio del cual se indica una pequeña construcción por piedras puestas en figura cuadrada; al E. de este primer patio hay dos terraplenes abarcando un espacio rectangular, cerrado por sólo tres lados. Recuerda esta disposición la de la antigua ciudad de Teotihuacan, en la que los terrados distribuidos en el mismo orden, sirven de base á habitaciones construidas con materiales sólidos, mientras en el Zape parece que sólo sustentaron casas de materiales lijeros, como los *jacales* de los indios de la Sierra. Por cada lado del edificio principal baja una rampla de dulce pendiente hasta el pié de la colina, á los campos en que se cultiva como en otros tiempos el maíz. Las tierras están limitadas á 600 metros por un arroyo permanente de cierta importancia, que desciende de las alturas de la Ciéne-ga de Escobar, y desagua en el río del Zape. Las otras colinas del valle presentan grupos de terraplenes á veces más extensos, dispuestos bajo la misma forma, pudiéndose avaluar en 50 kiló-metros cuadrados el espacio ocupado por aquellas construcciones. De otro género son los vestigios sobre la roca tubular que domina el pueblo del Zape, pues son restos de obras establecidas sin orden, compuestas de piedras superpuestas, recordando las cabañas que en los terrenos pedregosos levantan los pastores del antiguo mundo: débense estos trabajos bárbaros á los indios cocoyomes, tribu salvaje ya extinguida, haciendo sólo dos años que una anciana, último resto de aquella horda, murió en el Zape.”

“Algunas cavernas, que sirvieron de refugio á esos pueblos, yacen en las orillas del río, al N. del Zape: se encuentran en ellas osamentas, cerámica grosera, y flechas de sílex”. (1)

Meditando acerca de estos datos, y descartando por modernas las obras bárbaras de los cocoyomes, descubrimos que aquellos restos pertenecen á dos épocas diversas. Las columnas vistas por los misioneros jesuitas, los ídolos y las representaciones de animales, y principalmente las cenizas y los huesos humanos conservados en las ollas, acusan una raza diversa de la de Casas grandes, ó al ménos costumbres profundamente modificadas, ya que á la inhumación en el túmulo sigue la incineración y los des-

(1) Exploration mineralogique, pág. 183.

pojos conservados en urnas funerarias. Los habitantes del Zape estaban muy más adelantados que los de Casas grandes, y relativamente eran más modernos. Los terraplenes descritos por Guillemin recuerdan bajo todos aspectos las construcciones de la misma clase (*mounds*) de los E. U.; al simple exámen dan la misma forma, idéntico sistema, igual destino: no parece sino que una fracción de la raza boreal se desprendió de su asiento primitivo, para venir á dar muestras de su saber á las regiones australes. A cálculo, basado en ciertas consideraciones, creemos que estos terraplenes son anteriores á las colinas.

Correspondiente al mismo Estado de Durango encontramos que el P. Arlegui vió con sus ojos huesos de gigantes, y entre Durango y San Juan del Río una muela de muy grandes dimensiones: (1) más adelante repite la noticia de los gigantes. (2) En el terreno llamado la Breña, cerca de la ciudad de Durango, se encuentran muchas grutas subterráneas, formadas por las ampolladuras de aquella antigua formación volcánica; de aquellas cavernas sacó el Sr. D. Fernando Ramírez algunos objetos de antigüedades, entre ellos una tortuguita, de media pulgada de diámetro, de piedra dura perfectamente labrada. Notó el observador tres nombres dados á ciertos lugares, que revelan tres lenguas borradas en aquella comarca, y que la mano de Dios ha esparcido á largas distancias. (3)

Descúbrese ruinas desde las montañas de Chalchihuites hasta el valle del Suchil. El pueblo que allí vivió sin dejar la menor seña de su fisonomía, fué sin duda el descubridor y explotador de la veta de gemona llamada en mexicano *chalchihuitl*.

Cerca del pueblo de San Juan del Teul (Zacatecas), quedan vestigios de una ciudad antigua, y á poca distancia una colina en cuya cumbre existió el templo de una divinidad muy reverenciada por los nayaritas. Aquellas ruinas pertenecen á un tiempo remoto, cual lo atestiguan los restos allí encontrados, sobre todo una hacha de piedra lida, número 23, que no puede ser obra de los bárbaros cascanes y nayaritas. “Sus buenas propor-

(1) Chronica de Zacatecas, pág. 6.

(2) Opus cit., pág. 67.

(3) Noticias históricas de Durango, pág. 6—Bol. de la Soc. de Geografía y Estad., tom. V, pág. 10.

ciones, lo fino del trabajo, la elegancia de la forma, denotan en el fabricante un estado artístico avanzado, no alcanzado jamás por los teules ni los cascanes. El dibujo de esta arma notable, presenta un filo cortante *curvilíneo*, rematando en punta en la parte superior; lleva hacia el medio una ranura á la cual se adaptaba el mango; otra segunda aislaba la cabeza del arma á guisa de masa, herizada de pitones, dos de los cuales figuran los ojos, mientras un apéndice, en forma de hocico, completa la representación de una cabeza de animal." (1) Las tribus bárbaras modernas ocuparon aquellas ruinas, las trasformaron al apropiárselas, y es preciso separar lo que á entrambas épocas corresponde. (2)

Las ruinas principales de esta region son las llamadas de la Quemada, por estar situadas en tierras de la hacienda de este nombre, en el Estado de Zacatecas: el *Cerro de los Edificios* que las contiene dista de la casa de aquella cinco kilómetros al N.E. En la cumbre de esta eminencia se destacan grandes construcciones consistentes en patios espaciosos, viviendas de diferentes clases, amplios pasadizos, y aquí y allá pirámides de diversos tamaños, el todo en armonía con el plan atribuido ahora á los constructores; en efecto, á juzgar por el conjunto, aquello parece ser el palacio del jefe de la comarca, con viviendas para sus servidores inmediatos, un templo, varios altares piramidales y cámaras para los sacerdotes, vigías ó atalayas sobre las mismas pirámides. Para resguardo de aquellos objetos privilegiados, una parte de la falda del cerro está revestida de mampostería, y lo demás defendido por una gruesa muralla, con su ciudadela: esta circunstancia la hacía una plaza fuerte, prevenida contra toda acechancia, y capaz de contener una gran multitud, ya para la celebración de las fiestas religiosas ó políticas, ya para resistir un asalto ó un acedio.

Suministró la localidad los materiales de construcción; consisten en lajas, ó sean lozas cortadas en superficie plana por el frente, colocadas en hiladas regulares, y unidas con un barro rojo

(1) Guillemin Tarayre, pág. 221.

(2) Fragmentos del P. Tello; García Icazbalceta, Doc., tom. II, pág. 362-3.—Los copia Beaumont en su crónica de Michoacán, y los sigue Romero Gil, Bol. de la Soc. de Geog., tom. VIII, pág. 497.

mezclado con zacate; "la argamasa tiene tal consistencia, dice en el artículo relativo el Diccionario Universal de Historia y de Geografía, y los edificios están tan bien contruidos, que sin duda estarían casi intactos cuando los descubrieron los españoles, y ha sido necesaria la barbarie de los primeros que colonizaron aquellas comarcas para destruir de propósito tan grandes monumentos, á fin de encerrar bestias entre sus edificios y formar cercas ó potreros con los materiales que de los mismos monumentos extraían." Derribados los techos no se sabe desde cuándo, la intemperie ha descarnado las paredes, revocadas en un tiempo con un compuesto semejante al de Casas grandes.

A la derecha, ocupando la extremidad austral de la plataforma, atrae la atención un monumento notable: es un patio rectangular, de 60 sobre 74 metros, limitado al S. y al O., por muros rectilíneos en talud de piedras secas, y al que se baja por tres escalones, prolongados en toda la longitud del lado N.; el cuarto lado al E., parece haber servido de peristilo á un monumento macizo. Una columna, todavía en pié, la basa de la que se alzaba en la extremidad boreal, y una ó dos allí derribadas, permiten completar la serie de siete, tal vez ocho, que formaban la columnata exterior de aquel edificio, cuyo destino parece haber sido, el de un *teopan*. La palabra *templo* es la más propia que pueda ocurrir para darse cuenta de la impresión producida por aquel monumento: mide por dentro, 30 sobre 39 metros. Once columnas, todavía enhiestas, forman un rectángulo, que en los ejes mide 15 sobre 26 metros, es el diámetro de las columnas 1<sup>m</sup> 80; son cilíndricas; sin bases ni capiteles, y de altura, de 5<sup>m</sup> 30: la hilera opuesta á la entrada, cuenta una columna más, cinco en vez de cuatro. Esta disposición, que pudiera chocar en el plano, nada tiene de disparatado para el observador, que penetrando al recinto, se colocara en el eje de entrada, en el lugar donde falta la cimétrica de la columna décima primera; en efecto, los intercolumnios fueron de tal manera calculados, que de aquel punto se vieran las columnas de la segunda hilera, colocadas sosteniendo de eje en eje, el mismo ángulo visual. Los muros, de igual altura á las pilastras, tienen un espesor de 2<sup>m</sup> 70; presentan una sola entrada de diez metros de ancho, pues la brecha del ángulo N. E., es obra de un derrumbe." (1)

(1) Guillemin Tarayre, pág. 192.

De la pirámide situada á la entrada de la fortaleza, arrancan diversos caminos, visibles donde no fueron destruidos en las tierras cultivadas, entrecortados por vías transversales, dirigiéndose á las diversas alturas del valle, en las cuales se registran monumentos de menor importancia, casi del todo destruidos. Aquellos restos se extienden desde el Cerro de los Edificios, para el Sur hasta Villanueva, en distancia de 15 kilómetros, llenando el valle en toda su amplitud, de 12 kilómetros.

No se descubren pinturas, geroglíficos, ni esculturas, fuera de cinco culebras grabadas en hueco sobre una roca; allí, ménos que en las otras ruinas, se encuentran objetos de arte, tal vez por estar ocultos por los escombros. Se hallan poca cerámica, barro, metales, y hachas de piedra pulida. El núm. 24 "es de piedra dura, cuarzosa, cortada en bisel por un lado, mientras por el otro presenta una cabeza que sirvió de martillo, á juzgar por lo gastado y las fracturas; tiene la ranura para recibir el mango. Fué recogida también, una cuña de piedra litya. Las flechas de sílex son los objetos más comunes. Busqué mucho tiempo en vano la obsidiana; recordando la predilección de las hormigas, en uno de los barrios del antiguo Teotihuacan, de cubrir sus hormigueros de fragmentos de obsidiana, no tardé en encontrar sobre ellos, trozos pequeños de la roca vítrea." (1) En el Museo nacional, existen dos preciosos ejemplares en diorita, de hachas de este tipo: parece que son peculiares de esta región, no apareciendo las amigdaloides sino en la región austral. D. Luis de la Rosa, vió en la argamasa los olotes del maíz." Solamente se ha hallado, palabras del Dic. Univ., una tortuga de piedra, que probablemente es serpentina; no hemos logrado verla; pero se nos asegura, que en la parte inferior de ella, está esculpida una caña, que como se sabe, es el símbolo *Acatl*, del calendario mexicano."

Inferimos de estos datos, que aquella comarca estaba ocupada por un mismo pueblo, diseminado en el valle, agrupado en diversos centros, siendo el principal, llamémosle capital, el Cerro de los Edificios, residencia del jefe y santuario del dios. Colonia agrícola y sedentaria cultivaba, el maíz; temía, sin embargo, los ataques de tribus bárbaras ó naciones rivales enemigas, ya que le-

(1) Guillemin Tarayre, pág. 216.

vantaba fortificaciones poderosas para hacer inespugnables sus ciudades. Adelantado en arquitectura sabe alzar las columnas cuya reminiscencia se encuentra por primera vez en el Zape, aunque el estilo es seco, severo, falto de ornamentación. Consagra particular esmero á los caminos, por los cuales liga á la capital las poblaciones, dando á entender relaciones estrechas por motivo de obediencia ó de comercio. Aquella organización social estaba muy adelantada, se hacía sentir entre los súbditos de una manera eficaz, y debía ser un cuanto despótica. No se puede juzgar de las artes por ser pocas las reliquias encontradas; la tortuga debe de tener relación con las de Casas grandes y de la Huasteca, ya como símbolo religioso, ya como notación crónica; si se pudiera demostrar que el *acatl* era signo cronológico, se deduciría el que eran ya poseedores de la ciencia del calendario. Es notable que en el Norte hagan papel este mismo animal y la lagartija. "La colección más notable de lagartijas y de tortugas, dice M. Laphan, descubierta hasta ahora, está á milla y media al S. O. del pueblo de Pewaukee. Consiste este grupo en siete tortugas, dos lagartijas, cuatro terraplenes oblongos, y una de las escavaciones notables á las cuales hemos aludido." (1) Pueden multiplicarse las citas á este propósito. El templo, cerrado, aleja la comparación entre aquel culto y el de los pueblos históricos; el santuario desierto, la falta de esculturas, privan al observador de poder distinguir la figura de los dioses. El altar piramidal, visto por la primera vez en Casas grandes, y que se descubrió también en el Norte, reaparece aquí, tomará mayores proporciones en la región central, y será el *teocalli* de los pueblos civilizados. Las solas culebras aisladas grabadas en la roca, nada dicen todavía. ¿Serán una inscripción, una fecha, una divinidad? No lo sabemos; aquella anotación epigráfica recuerda que la serpiente es un signo místico, común y muy frecuente entre los pueblos de América y de Asia.

"El género de construcción empleado en la Quemada, dice Guillemin, (2) suministra algunos datos interesantes acerca de los pueblos que allí habitaron. Aplicando las sabias indicaciones aplicadas por M. Violet-le-Duc á las antigüedades fotografiadas

(1) Lubbock, pág. 226.

(2) Exploration mineralogique, pág. 211.

por M. Charnay, se encuentra en el conjunto de construcciones recorridas, la prueba de la existencia de una casta organizadora y la indicación de la sangre blanca como elemento dominador en ella, y también la presencia de una numerosa multitud servil, que haya podido emprender y rematar trabajos tan inmensos, ejecutados de una sola vez. La perfección en la albañilería, los muros, las columnas, y más aún, la argamasa empleada (sin cal, es verdad, porque faltaba en los alrededores) indican los caracteres típicos de las razas turanianas y finnicas; es decir, de los pueblos amarillos, como los obreros de aquellos grandes trabajos. La casta directora pertenecía evidentemente á la raza blanca; el ariano afirma su presencia en la forma del *calli*, representando la cabaña de madera del herve blanco, en las construcciones en talud, todas de piedra seca, y en la sabia disposición de los edificios, concurrendo á la vez á las exigencias de la vida política y religiosa, y á las ingeniosas combinaciones realizadas para la defensa." (1)

El extenso y hermoso lago de Chapala debe haber atraído á sus orillas á los hombres primitivos; lo prueban los restos que las olas depositan en las márgenes de tipos antiguos y de semejantes á los de filiación nahoa. Allí se encuentran las cenizas de los difuntos con los cráneos conservados y enteros, género de enterramiento muy peculiar, pues reúne juntas la inhumación y la incineración. El estudio que ha de practicarse debe ser inteligente, para distinguir la época remota de la histórica, pues en ambas vivieron ahí las tribus.

La Sierra Gorda de Querétaro contiene preciosas ruinas de ciudades fortificadas. Poco tiempo hace fueron descubiertas, y las primeras noticias descriptivas las debo manuscritas al Sr. D. Mariano Bárcena. Dicen así:

"En las investigaciones que han hecho los paleontólogos para determinar con precisión la época en que apareció el hombre sobre la tierra, se han visto obligados á recurrir á la arqueología á fin de caminar con más seguridad en un problema de tan difícil resolución. En las montañas de la Sierra-Gorda existen numerosas ruinas de poblaciones, que fueron habitadas por los antiguos moradores del país, y las cuales nos dedicamos á estu-

(1) Véase para las ruinas el art. del Dic. Univ. de Hist. y de Geogr., Quemada (Ruinas de)—Mosaico Mexicano, tom. I, pág. 185 y sig., &c., &c., &c.

diar para ver si podíamos proporcionarnos algun dato acerca de tan importante cuestión."

"A 4 leguas de El Doctor, se encuentra el Cerro de Canoas, masa calcárea de difícil acceso, bastante elevada y dirigida N. E. á S. O. La parte superior está terminada por una meseta espaciosa, donde se ven las ruinas de una serie de baluartes y fortificaciones, colocadas con una habilidad admirable, revelando la inteligencia guerrera de sus autores. Por el lado N. E. como á 12<sup>m</sup> del principio de la meseta, se encuentran las ruinas de la primera fortificación, de base cuadrada y seguida de otras tres colocadas en serie á distancias muy cortas. A éstas siguen otras en la misma dirección, protegidas lateralmente por dos grandes fortines que ocupan una gran parte del perímetro de la meseta, y se terminan en la dirección de un baluarte principal, que aunque muy arruinado en la actualidad tiene cerca de 12<sup>m</sup> de altura. Siguiendo la línea de la meseta hacia el S. O., se presenta una gran plataforma rectangular de 500 metros cuadrados de superficie. Parece que este lugar es el que más se cuidaba de defender, porque además de estar resguardado por dos grandes fortines de 3 de altura, se notan á sus lados las ruinas de una serie de baluartes pequeños y muy aproximados. Después de la plataforma siguen diversos grupos de fortificaciones de diversas alturas, situadas de tal manera, que al mismo tiempo que protegen los baluartes del centro, se aproximan á los bordes de la meseta para defender los puntos más accesibles. Al entrar á la explanada del cerro, donde termina una rampa, está colocado oblicuamente un gran fortin que domina todo el camino. El número de fortificaciones que puede contarse asciende á 45, y algunas de ellas conservan en parte su figura. Uno de los baluartes, situado en el extremo S. O., se compone de un zócalo de 2<sup>m</sup>50 de altura, que sostiene un muro en talud, coronado por una saliente sobre el cual se apoya un torreón ya arruinado; los demás baluartes que están ménos conservados, parecían tener formas semejantes á la anterior."

"Todas las fortificaciones están construidas con lajas calizas paralelepípedas, unidas por cimientos calcáreos y arcillosos. Sobre las ruinas de dichas fortificaciones había crecido un hermoso bosque de encinas, que la mano de la ignorancia destruyó últimamente por medio del fuego. En uno de los baluartes princi-